

Laurent, E., *NOS MYTHOLOGIES ÉCONOMIQUES. LES LIENS QUI LIBÈRENT*, Paris, 2016 (112 pp.)  
ISBN : 979-10-209-0323-5

---

Eguzki Urteaga<sup>1</sup>

Departamento de Sociología y Trabajo Social

Universidad del País Vasco

Eloi Laurent acaba de publicar su último libro titulado *Nos mythologies économiques* (Nuestras mitologías económicas) en la editorial Les Liens qui Libèrent. Este economista senior del Centro de Economía de la prestigiosa Sciences Po de París y asesor científico del Observatorio Francés de las Coyunturas Económicas (OFCE), dirige actualmente el módulo Multi-Level Economic Governance del Master of Public Affairs de Sciences Po y es profesor invitado en la Universidad de Stanford y en el Colegio de Altos Estudios Europeos de la Universidad París-La Sorbona. Su trayectoria académica es peculiar dado que, tras realizar una Licenciatura de Ciencias Políticas y un Doctorado de Economía en la Universidad París IX-Dauphine, fue asistente parlamentario y posteriormente colaborador del Gabinete del Primer Ministro Lionel Jospin, antes de ser investigador invitado en las Universidades de Nueva York, Columbia y Harvard. Posteriormente, ha sido profesor invitado en las Universidades de Montreal y Stanford. Especialista en desarrollo sostenible, economía verde, estrategia medioambiental europea e integración europea, es autor de varias obras, entre las cuales podemos mencionar *La nouvelle écologie politique* (2008), escrita en colaboración con Jean-Paul Fitoussi, *Social écologie* (2011), *Économie de la confiance* (2012) o *Vers l'égalité des territoires* (2013).

En el prólogo de su última obra, dedicada a las mitologías económicas, el autor considera que "la economía se ha convertido en una gramática de la política. Enmarca con sus reglas y usos [el discurso] público, cuyo libre albedrío se limita hoy en día a la elección del vocabulario, de la retórica y de la entonación. La política habla actualmente esperando una validación económica" (p.9). El problema es que esta gramática económica no es una ciencia sino una creencia común en una serie de ideas y de representaciones colectivas fundadoras y reguladoras consideradas como dignas de fe (pp.9-10). En ese sentido, la economía se ha convertido en un imperativo categórico, dado que los gobiernos son incapaces de persuadir o de imponer. La retórica económica, nos dice Laurent, "ordena, arbitra y decide, en definitiva

---

<sup>1</sup> eguzki.urteaga@ehu.eus

da la seguridad reconfortante que existe una solución a la complejidad real del mundo social" (p.10). Más que nunca, el análisis económico conduce a la fatalidad, escenificando un universo hecho de obligaciones, coacciones y sanciones, fuente de frustraciones y desilusiones (pp.10-11).

En ese sentido, la economía "firma el final de las alternativas, cuando su vocación es precisamente abrir en el debate público el abanico de las posibilidades y enunciar (...) unas opciones abiertas y siempre negociables entre las cuales no tiene ni vocación ni los medios de zanjar" (p.11). El autor considera que una economía mitológica, hecha de cuentos y leyendas, contamina el espíritu democrático (p.12). En ese contexto, los poderes públicos y los responsables políticos se sienten obligados a mencionar esa *doxa* para asentar su credibilidad y demostrar su seriedad, dado que la legitimidad democrática depende más que nunca de la credibilidad económica que acaba devorándola (p.12). Frente a ese discurso dominante se ha desarrollado paulatinamente un cuestionamiento interno y externo a la economía, que gana visibilidad en el mundo académico, aunque sea todavía minoritario (pp.12-13). En esa línea, la presente obra aspira a la vez a inmunizar los ciudadanos frente las mistificaciones económicas y a emancipar los responsables políticos de ese encanto mortífero que representan las mitologías económicas. Propone desconstruir tres discursos dominantes hoy en día: 1) el neoliberalismo en fase terminal, 2) la social-xenofobia emergente, y 3) el eco-escepticismo persistente (p.13). Por esa vía, quiere devolver al lector el gusto por el cuestionamiento económico cuya desaparición progresiva representa una amenaza para la democracia (p.14).

En la primera parte del libro, consagrada a la mitología neoliberal, Laurent observa que "las ideas neoliberales se han cristalizado, [entre otras expresiones], en un sistema institucional (...), el de la Unión Europea, la cual se ha construido en los años 1990 a la vez contra el pensamiento keynesiano y contra el Estado de Bienestar" (pp.15-16). Rápidamente, el neoliberalismo se ha insinuado en las mentes y en los discursos gracias a la simplicidad de sus principios (p.16). La ocultación del rol desempeñado por las instituciones sociales en la prosperidad económica, se ha compaginado con una alabanza a los mercados libres, los sistemas de innovación y de producción desregulados, y los Estados débiles (p.16).

Más precisamente, unos de los mitos neoliberales consiste en afirmar que "una economía de mercado dinámica se basa en la competencia libre y no falseada" (p.17). El problema es que el mercado solo existe en la medida en que está regulado, tarea que incumbe al Estado. En ese sentido, subraya el autor, "la colaboración público-privada, presentada hoy en día como un instrumento innovador de la gestión pública, es en realidad la definición más sencilla de la economía de mercado" (p.18). De hecho, el mercado funciona gracias a una serie de reglas del juego cuyo respeto exige la existencia de un árbitro que sea capaz de crear, administrar e imponer estas reglas, bien por coacción, bien por convicción o bien por omisión (p.18). El comercio internacional ofrece una perfecta ilustración de esta realidad, ya que el intercambio de bienes y servicios implica el intercambio de derechos y deberes. Por ejemplo, el mercado único europeo ha sido consolidado desde el inicio de los años 1960 por el Tribunal de Justicia de la Unión Europea (pp.19-20).

La regulación pública del mercado toma dos formas: la intervención y la no-intervención. Así, la fiscalidad es un instrumento esencial de la acción pública, pero la ausencia de fiscalidad orienta de igual forma, e incluso en mayor medida, los comportamientos individuales de los agentes económicos (p.21). Según el economista galo, los promotores del libre-comercio no reclaman el final de la intervención pública, sino que piden simplemente que ésta les sea favorable (pp.22-23). A ese respecto, conviene subrayar que los poderes públicos han desempeñado un papel esencial en la liberalización financiera llevada a cabo durante las últimas tres décadas, entre otras razones para poder financiar la deuda pública a través de los mercados financieros desregulados (p.24). Esto implica que la impotencia pública actual sea voluntaria y reversible. La cuestión que se plantea entonces es: ¿Quién paga la garantía dada por el Estado a los actores financieros en periodo de crisis? ¿Por qué esta garantía no beneficia a los asalariados? (pp.25-26).

Según otra creencia neoliberal, sería necesario producir riquezas antes de redistribuirlas (p.30). Esta afirmación se basa en la idea según la cual las empresas crearían una riqueza que el Estado redistribuiría

a su antojo a los "asistidos sociales". Esta visión, a la vez elitista y condescendiente, hace abstracción de las condiciones sociales de la creación de riqueza (p.30). De hecho, las empresas se han beneficiado de las inversiones públicas realizadas en capital humano e infraestructuras sin las cuales la innovación quedaría al estadio de la imaginación. Forman el ecosistema de la creación de valor económico (pp.30-31). Además, "como estos bienes comunes tienen un coste, el sistema de financiación fiscal y social constituye la condición y el fundamento de toda actividad empresarial" (p.31).

No en vano, para generaciones enteras de economistas, el dilema entre eficacia e igualdad constituye su referencia intelectual, consciente o inconscientemente. Según esta concepción, las desigualdades serían un mal necesario para alcanzar la eficacia económica (p.32). En ese sentido, la política económica debería priorizar la eficacia económica, que desembocaría naturalmente en la redistribución; sabiendo que esta última puede ser objeto de un tratamiento compensatorio por separado (p.33). La cuestión es que "la investigación económica de este inicio del siglo XXI, alimentada por numerosos trabajos empíricos, cuestiona completamente esta [teoría] de la eficacia natural justa: las desigualdades, no solamente son injustas, sino que además son ineficaces" (p.34). En efecto, provocan crisis financieras, favorecen la renta en detrimento de la innovación, dificultan la calidad de la sanidad y de la educación, fijan las posiciones sociales, paralizan la democracia, agravan el deterioro del medio-ambiente y propician las crisis ecológicas (p.34).

Otra mitología neoliberal pretende que el Estado debería ser gestionado como un hogar o una empresa (p.37). No en vano, como lo subraya Laurent, la diferencia fundamental entre el Estado, por una parte, y los hogares y las empresas, por otra parte, no estriba en la mejor gestión de sus recursos sino en la finalidad y duración. "Es porque tiene como misión garantizar a largo plazo la cohesión social en el seno de fronteras nacionales que [el Estado] debe escapar a los horizontes temporales, limitados por definición, de las familias y empresas" (p.38). Por lo tanto, imponer a los poderes públicos unos horizontes reducidos de la contabilidad privada, bajo la presión de los mercados financieros como consecuencia de un desequilibrio momentáneo de las finanzas públicas, significa debilitar el Estado y, sobre todo, poner en peligro la estabilidad del sistema social (p.38). Esto se concreta en la reducción del gasto y de la inversión pública, siendo conscientes de que el objetivo de la inversión pública es colectivo y que su horizonte temporal es a largo plazo (pp.38-39). Todo ello implica, según el autor, que las administraciones públicas deban continuar invirtiendo, incluso cuando la situación financiera es difícil, sobre todo en un contexto de tipos de interés históricamente bajos (p.39).

Para el economista galo, "la otra razón fundamental por la cual el Estado no debe ser gestionado como un hogar o una empresa es más coyuntural y alude a las situaciones de crisis económica: el Estado no debe estrecharse el cinturón (...) en el momento en el cual todos lo hacen en la economía (...). Cuando lo hace, transforma las fases de recesión económica en depresión social y prolonga inútilmente las fases de estagnación, de lo que todos los demás agentes económicos acaban padeciendo. Es el error fundamental cometido por los partidarios de las políticas de austeridad llevadas a cabo en Europa" (p.40). Por último, es preciso tener en cuenta los activos materiales (infraestructuras, parque inmobiliario, etc.) e inmateriales (educación y sanidad) del Estado y no solamente sus deudas, dado que son sustanciales (pp.41-42).

A su vez, una creencia neoliberal postula que "los regímenes sociales son financieramente insostenibles" (p.42). En realidad, a pesar de que se anuncie la quiebra de los regímenes sociales desde hace tres décadas, estos se mantienen porque gozan de cierta solidez. De hecho, aunque conozcan desequilibrios financieros en periodos de crisis económica, son más robustos que los mercados financieros y sus cuentas se equilibran de nuevo cuando la actividad económica crece, como lo demuestra la evolución de las cuentas sociales en Francia desde 2009 (pp.43-44).

Un último mito neoliberal afirma que las reformas estructurales, que aspiran a mejorar la competitividad, serían la clave de la prosperidad (p.45). El problema es que jamás se define la competitividad que se

pretende estimular. ¿Se trata del coste del trabajo, de la productividad horaria, de la calidad de la mano de obra o de la cualificación de los trabajadores? Responder a esta pregunta es fundamental porque la elección de los indicadores implica diagnósticos diferentes y a veces contradictorios cuya mejora exige desarrollar estrategias dispares (p.46).

En la segunda parte del libro, dedicada a la mitología social-xenófoba, Laurent recuerda que la extrema derecha conoce un auge en Europa, consiguiendo instrumentalizar una vieja angustia identitaria, en un contexto de crisis social. Desde ese punto de vista, la comparación con los años 1930 tiene sentido. Pero, el autor subraya una novedad esencial en el discurso xenófobo: la extrema derecha ya no pretende reducir su discurso a una identidad nacional idealizada que pertenecería a la civilización occidental, sino que utiliza la adhesión y el apego de los europeos a su modelo social como arma arrojada contra los inmigrantes y sus descendientes. Ese discurso social-xenófobo, que se encuentra en el cruce entre el malestar identitario y la desclasificación social, está cobrando fuerza en Francia, Italia, los países nórdicos y parte de la Europa central y oriental, así como, aunque sea en menor proporción, en Reino Unido y Alemania. Se ha reforzado recientemente con las elecciones europeas de 2014 y la crisis de los refugiados de 2015 (p.54).

La extrema derecha retoma el discurso de la racionalidad económica, al que adhieren los partidos de gobierno, aunque no pare de denunciar el sistema y pretenda transformarlo radicalmente (p.54). Afirma que habría demasiados inmigrantes en Europa, fundamentalmente en razón de un número de inmigrantes superior a los recursos disponibles, y la supuesta generosidad de su modelo social atraería a los necesitados de todo el mundo, a pesar de que este modelo se encuentre en una situación agónica (p.55). Para los partidarios de esta retórica, los países europeos conocerían un declive económico, que implicaría la necesidad de reservar los recursos para los ciudadanos europeos. Y, la imposibilidad de integrar socialmente a las generaciones anteriores de inmigrantes obligaría los Estados miembros de la Unión Europea a hacer una pausa en la acogida de nuevos inmigrantes. Este planteamiento es paradójico porque, o las economías europeas son prósperas, lo que permitiría financiar un modelo social protector y acoger e integrar a los inmigrantes, o están en declive, lo que provocaría una quiebra del modelo de bienestar social. En este último caso, los inmigrantes no desearían desplazarse al Viejo Continente donde no tendrían expectativas de encontrar un empleo y beneficiarse de las prestaciones sociales.

Más detalladamente, la ideología social-xenófoba postula que los flujos migratorios actuales serían incontrolables y conducirían a corto plazo a una sustitución de la población autóctona (p.56). Afirma que la globalización actual se distinguiría de todos los periodos de integración económica anteriores por unos flujos migratorios considerables e incontrolables (pp.56-57). La realidad es bien diferente, ya que la primera globalización (1870-1914) conoció movimientos de población masivos, especialmente desde Europa hacia los Estados Unidos. Hoy en día, sin embargo, los migrantes solo representan el 3% de la población mundial, a pesar de que, dado el aumento notable de la población mundial a lo largo del siglo XX, los inmigrantes hayan progresado en volumen (p.57). El caso francés es ilustrativo de la ralentización de los flujos migratorios. En efecto, en comparación con el periodo de fuerte inmigración de los años 1960, los flujos han disminuido, no solamente en proporción sino también en volumen (pp.57-58). En ese sentido, los flujos migratorios hacia el Hexágono se encuentran a un nivel históricamente bajo, del orden de 280.000 personas cada año, lo que representa el 0,4% de la población gala (p.58).

Otra creencia social-xenófoba pretende que la inmigración representaría un coste económico insoportable (p.60). Según Laurent, es preciso ser prudente a la hora de desmentir el mito del coste de la inmigración, dado que, si es necesario disipar la idea según la cual los inmigrantes representarían un peso insoportable para la economía, no conviene reducir la inmigración a un beneficio o a un coste financiero, porque supondría entrar en la lógica del discurso de inspiración xenófoba para el cual los únicos inmigrantes aceptables serían aquellos elegidos por su rentabilidad (pp.60-61). En cualquier caso,

los estudios llevados a cabo por la OCDE en los países desarrollados del planeta demuestran que los migrantes son mayoritariamente jóvenes, activos y cualificados. Por lo tanto, tienden a reforzar la dinámica económica de los países de acogida (p.61). En realidad, no es la inmigración sino la no-integración que representa un coste económico notable. De hecho, las discriminaciones en el mercado laboral son masivas, dado que la tasa de desempleo de los inmigrantes duplica la de los autóctonos (pp.61-62).

Esta ideología afirma igualmente que "la inmigración supone una carga social insostenible" (p.63). En efecto, la social-xenofobia europea postula la imposibilidad de conciliar diversidad y solidaridad, es decir de construir entre individuos y grupos de origen étnico diferente unos vínculos sociales fuertes y duraderos (pp.63-64). Algunos economistas abundan en ese sentido al avanzar la hipótesis según la cual la diversidad étnica, porque debilitaría el sentimiento de solidaridad, conduciría a una atrofia del Estado de bienestar. Como lo subraya el economista galo, estas tesis, además de ser dudosas políticamente, no están demostradas empíricamente (pp.64-65). De hecho, no hay ningún arbitraje intangible entre diversidad y solidaridad porque los inmigrantes son contribuyentes netos a las cuentas sociales, tanto en Francia como en la gran mayoría de los países desarrollados. Por lo cual, el incremento de la inmigración permite una mayor protección social gracias a un aumento de los ingresos fiscales y de las cotizaciones sociales (p.65).

La mitología social-xenófoba considera también que los hombres blancos, pobres y residentes en las zonas periurbanas serían los grandes olvidados de las políticas territoriales (p.67). Aplicado al caso francés, estima que los verdaderos territorios damnificados del espacio socioeconómico galo, no serían las zonas urbanas sensibles (ZUS), sino las zonas periurbanas que habrían sido progresivamente abandonadas por las políticas públicas en beneficio de los suburbios desfavorecidos. Por lo tanto, sería preciso reorientar los recursos públicos de cara a garantizar una igualdad territorial y social, lo que beneficiaría a los hombres blancos y pobres de la Francia periférica (p.68). Detrás de esta denuncia y reivindicación se esconde el desequilibrio territorial, la desigualdad económica y el resentimiento social.

La realidad es bien diferente ya que los habitantes de las ZUS están claramente desfavorecidos con respecto al resto de la población. Por ejemplo, en 2015, los 4,5 millones de habitantes de estos territorios conocen una tasa de pobreza tres veces superior al resto de la población, y una tasa de desempleo de los jóvenes que duplica la media nacional (pp.69-70). Además, concentrando su atención en la localización periférica, el discurso social-xenófobo oculta por completo la cuestión de la segregación en los propios espacios urbanos y descuida la pluralidad de los criterios que permiten comprender la amplitud de las desigualdades que padecen los territorios desfavorecidos (p.71).

Por último, la mitología social-xenófoba pretende que "es imposible integrar socialmente a los inmigrantes por razones culturales" (p.72). Esto implica que sería inútil dedicar recursos públicos importantes a la integración de los inmigrantes, especialmente a través del sistema educativo, porque los inmigrantes no desearían integrarse y no aprovecharían las oportunidades que se les conceden (p.72). Así, Francia se distingue por el hecho de que los descendientes de inmigrantes sean más numerosos que los propios inmigrantes. Por lo tanto, el reto fundamental no consiste en la acogida de inmigrantes sino en la integración social de sus descendientes. A ese respecto, conviene precisar que, si el Hexágono favorece el acceso a la nacionalidad gala, dificulta la integración social plena de las personas de origen inmigrante (p.72). En esta materia, el sistema educativo y el empleo desempeñan una labor esencial. Así, según los datos del INSEE, a nivel social comparable, los hijos de familias inmigrantes consiguen mejores resultados escolares y conocen trayectorias profesionales comparables. Por lo tanto, el determinante cultural, supuestamente relevante, deja lugar, casi por completo, a los factores sociales en materia de integración social (p.73). En otros términos, el problema esencial de las personas inmigrantes o de origen inmigrante es que no tienen las mismas oportunidades que los autóctonos a la hora de emanciparse de su origen para poder integrarse socialmente (p.74).

En la tercera y última parte del libro, centrada en la mitología eco-escéptica, el autor observa que la ecología política está actualmente en crisis en Europa, después de conocer un periodo fastuoso a mediados de los años 2000. Incluso en Alemania, donde los ecologistas irrumpieron en el Parlamento en 1983 y donde son más poderosos que en otros países, su influencia política ha declinado (p.75). A pesar de que la preocupación por el medio-ambiente se ha difundido en las sociedades civiles europeas, persiste un eco-escépticismo. Empieza pretendiendo que las crisis ecológicas son exageradas por razones ideológicas; antes de afirmar que, incluso en el caso de que su gravedad sea real, se encontrará una solución gracias al mercado y al crecimiento; para acabar diciendo que, si no es así, el coste económico y político de su resolución será de todos modos prohibitivo (pp.96-97). En ese sentido, la línea argumental de los eco-escépticos ha ido evolucionando a medida que progresaba el conocimiento científico (p.78). El objetivo de dicha mitología consiste en retrasar, por todos los medios, la hora de tomar decisiones drásticas.

El mito inicial de esta corriente consiste en afirmar que las crisis ecológicas son exageradas por razones ideológicas (p.79). Ese discurso trata de "minimizar el alcance de los trabajos científicos que nos alertan sobre la gravedad de las crisis ecológicas desde hace treinta años, pretendiendo que la biósfera ha estado siempre en crisis" (p.79). No en vano, la triple crisis ecológica contemporánea, que afecta al clima, la biodiversidad y los ecosistemas, es especialmente grave y rápida, ya que es de gran magnitud y se produce a un ritmo que no permite adaptarse a estas nuevas condiciones (p.80).

De la misma forma, la retórica eco-escéptica postula que "los mercados y el crecimiento son las verdaderas soluciones a la urgencia ecológica" (p.81). Con el fin de preservar el *status quo* económico, pretende que el funcionamiento espontáneo de los mercados conseguiría resolver mecánicamente las crisis ecológicas sin la intervención de los poderes públicos. Es la hipótesis de los "mercados eficientes" (p.82). No en vano, la realidad contradice esta concepción, a la imagen del mercado petrolífero. En efecto, ese mercado no demuestra que las estrategias de los actores involucrados reflejen el peligro creciente y hoy en día bien conocido de la crisis climática, y que el precio fijado por los mercados incite a la búsqueda de soluciones alternativas. De hecho, el precio del petróleo, que ha disminuido fuertemente entre 2014 y 2015, constituye un freno al desarrollo de las energías renovables, cuyo precio ha bajado notablemente (p.82). En ese sentido, no hay que esperar de los mercados petrolíferos que envíen por ellos mismos la señal que permita salir de la crisis climática (p.84).

En suma, el crecimiento económico por sí solo no permitirá, de manera mecánica, poner fin al deterioro medio-ambiental, a pesar de que algunos economistas afirmen que, aplicando la curva de Kuznets al medio-ambiente, el desarrollo económico resolverá los problemas medio-ambientales a partir de cierto momento, después de una fase inicial de deterioro (p.87). De hecho, las emisiones de gases a efecto invernadero continúan aumentando y la crisis climática puede convertirse en incontrolable una vez superado un umbral de emisiones, incluso si estas se encuentran en una fase descendiente (p.87). "Los deterioros medio-ambientales no pueden reducirse ni a un defecto ni a un exceso de desarrollo económico: resultan fundamentalmente de un defecto de desarrollo humano y de una carencia de buenas instituciones" (p.87). En ese sentido, nos dice el autor, "las crisis ecológicas solo podrán atenuarse [y solo podría alcanzarse] un nivel aceptable para el bienestar humano con la reorientación de los sistemas de producción y de consumo hacia nuevos objetivos comunes, lo que supone tomar decisiones democráticas conscientes" (p.87).

La mitología eco-escéptica postula igualmente que "no se pueden cambiar los comportamientos económicos sin renunciar al liberalismo" (p.88). En realidad, existen numerosos casos de políticas medio-ambientales eficaces que han preservado las libertades individuales, además de poner las sociedades en la senda del bien común a través de un sistema de incentivos, especialmente económicos (p.90). En ese sentido, escribe Laurent, "la ecología no pretende acabar con el liberalismo político, tal y como ha sido imaginado a partir del siglo XVIII; sino que tiene como ambición darle profundidad temporal permitiendo

a los sistemas democráticos salir de su miopía (...). De ese modo, las políticas medio-ambientales pueden favorecer la innovación y el empleo" (p.91).

Precisamente, otro mito eco-escéptico considera que la ecología sería el enemigo de la innovación y del empleo (p.91), aunque la realidad demuestre lo contrario. Así, la transición energética es perfectamente compatible con la aceleración de la innovación y la creación de empleo, de modo que el mito de la ecología empobrecedora carezca de sentido (pp.91-92). De manera general, "las economías más reguladas en materia medio-ambiental se encuentran entre las más dinámicas desde el punto de vista de la innovación, [a la imagen] de Finlandia, Suecia y Holanda. La razón es que la coacción medio-ambiental (...) puede convertirse en un vector de creatividad" (p.92). En otros términos, los estudios realizados sobre el vínculo entre intensidad de la reglamentación medio-ambiental e innovación concluyen a la existencia de una relación positiva entre ambas (p.93). En cuanto al vínculo entre transición ecología y empleo, el caso francés demuestra que las actividades ecológicas crean más empleo que el resto de la economía. Entre 2004 y 2010, estos empleos han aumentado del 20%, es decir del 3% cada año, frente al 0,5% en el resto de la economía (pp.93-94).

Por último, los eco-escépticos afirman que "la transición ecológica es un asunto de ricos sinónimo de injusticia social" (p.98). Si la mayoría de los votantes ecologistas son, de media, cualificados y pertenecen a las clases medias-altas, los más desfavorecidos son las primeras víctimas del deterioro medio-ambiental y de las crisis ecológicas (p.98). Laurent observa que "esta diferenciación social del impacto de las crisis ecológicas es válida tanto para los países en vía de desarrollo como para los países ricos" (p.99). De hecho, las desigualdades sociales alimentan las crisis ecológicas y estas últimas agravan las desigualdades sociales. Ante esta situación, considera Laurent, es preciso pensar y llevar a cabo una transición social-ecológica, donde las cuestiones económicas, sociales y medio-ambientales estén pensadas conjuntamente y donde nuevos riesgos sean reconocidos, mutualizados y gestionados por instituciones transformadas (pp.99-100).

En el epílogo de la presente obra, el economista galo recuerda que "el poder económico, desde el advenimiento de las sociedades industriales y hasta hoy en día utiliza la mitología como sésamo para penetrar y colonizar los imaginarios" (p.101). Pero, la novedad es que actualmente ocupa las mentes con sus propios mitos, sabiendo que los mitos se presentan como relatos despolitizados y forman una serie de falsas evidencias que aparecen como naturales y organizan un mundo sin contradicciones (p.102). Precisamente, "los mitos económicos contemporáneos, que han colonizado las mentes, tienen como función principal desviar la atención de los ciudadanos de los verdaderos [problemas] de los que deberían preocuparse y debatir. [En ese sentido,] nuestras mitologías económicas son mistificaciones políticas" (p.102).

Al término de *Nos mythologies économiques*, el lector agradece la simplicidad, sistematicidad y elegancia con la cual este economista galo desconstruye minuciosamente los discursos, convertidos en mitos, que desarrollan y difunden el neoliberalismo, la social-xenofobia y el eco-escépticismo. Gracias a una argumentación sólida y a la referencia a investigaciones teóricas y empíricas contemporáneas de ambos lados del atlántico, ofrece un razonamiento articulado y convincente. Es este sentido, esta obra invita a la reflexión y al cuestionamiento de los principios dominantes de la economía actual. No en vano, de cara a matizar esta valoración positiva, se echa en falta una bibliografía exhaustiva al final de la obra así como una mención más precisa de las obras a las que hace referencia.

En cualquier caso, la lectura de esta obra, corta, densa y estimulante, resulta ineludible para reflexionar sobre los discursos y las teorías económicos dominantes, en un contexto de cuestionamiento creciente de las mismas.

## **BIBLIOGRAFÍA**

FITOUSSI, J-P. y LAURENT, E. (2008): *La nouvelle écologie politique: économie et développement humain.* París: Seuil.

LAURENT, E. (2011): *Social écologie.* París: Flammarion.

LAURENT, E. (2012): *Économie de la confiance.* París: La Découverte.

LAURENT, E. (2013): *Vers l'égalité des territoires.* París: La Documentation française.

LAURENT, E. (2016): *Nos mythologies économiques.* París: Les liens qui libèrent.